

# Recensiones

## *Review*

DE MURALT, André (trad.): *Aristote. Les Métaphysiques*. Paris: Les Belles Lettres, 2010, 528 pp.

El profesor e investigador de filosofía medieval André de Muralt ha publicado una nueva traducción parcial al francés de la *Metafísica* de Aristóteles, acompañada por una amplia introducción, un extenso capítulo de notas a los diferentes libros y un útil *Index rerum*. Sólo las dimensiones, originalidad y pretensiones doctrinales de esta versión pueden justificar el interés de ampliar el inabarcable número de traducciones al uso de esta obra cumbre del pensamiento occidental. André de Muralt se ha destacado por sus trabajos dedicados a la comparación de las «estructuras de pensamiento» del aristotelismo tomista y el formalismo escotista. Este designio ha llevado al estudioso suizo a desbordar los límites de su campo de investigación hacia la penetración del sentido de la obra de Aristóteles o, más bien, del aristotelismo, entendido como un complejo de ideas que constituyen la base de la metafísica y, en general, del pensamiento racional en occidente. Su peculiar visión de lo que constituye este complejo doctrinal le ha llevado a afirmar la esencial continuidad entre el pensamiento del Aristóteles griego y el aristotelismo medieval, encarnado singularmente en Tomás de Aquino, en clara oposición a la corriente dominante entre los intérpretes actuales. André de Muralt opta por recuperar la visión de la unidad esencial del proyecto aristotélico, bajo la perspectiva de la comprensión de la filosofía de Tomás de Aquino como la continuación tanto genética como estructural del aristotelismo en la Edad Media. Con el objetivo de hacer aparecer la estructura esencial de la metafísica aristotélica, Muralt traduce los cinco libros que tiene por nucleares en la *Metafísica*: Γ, libro dialéctico-crítico en el que se trata de la unidad objetiva del sujeto de la metafísica, lo que es en tanto que es; los libros Z,

Θ, I, en los que se establecen inductivamente las causas formal, final y ejemplar, y, por último, el libro teológico, Λ, cuyo objeto es Dios en tanto que moviente no movido y acto substancial. Las referencias clásicas de esta versión se encuentran en los comentaristas aristotélicos tardoantiguos y medievales, como Alejandro de Afrodisia, Guillermo de Moerbeke y Tomás de Aquino. Entre las interpretaciones modernas y actuales que le sirven como referencia a Muralt destacan Bekker, Brentano, Jaeger, Gilson, Aubenque, Berti, Courtine, Ross, Owens, Patzig o Reale. También hay un lugar para los críticos antiaristotélicos de la historia de la filosofía, como Duns Escoto, Guillermo de Ockham, Eckhardt, Nicolas de Cusa, Descartes, Kant o Hegel.

Por lo que respecta a la técnica de la traducción, podemos señalar tres rasgos esenciales. Ante todo se trata de una traducción literal. En las traducciones al uso, afirma Muralt, siendo el texto aristotélico tan elíptico, se utilizan demasiadas palabras ajenas al texto original, haciendo a menudo difícil distinguir lo que dice el propio Aristóteles de los circunloquios del traductor. Un modelo histórico de la traducción literal es la traducción medieval de Guillermo de Moerbeke, que ofrece una versión latina palabra a palabra (*verbum ad verbum*) del texto griego. No obstante, este modelo es útil sólo hasta cierto punto, dado que hay un momento anterior en que hay que haber comprendido el sentido del texto griego.

En segundo lugar, la traducción muraltiana trata de expresar el sentido del texto. Para ello, Muralt utiliza el artificio técnico de los paréntesis cuadrados que completan el sentido de las palabras griegas, expresadas en una lengua moderna, en su caso el francés. Intenta también que lo que se incluye en tales paréntesis se integre armoniosamente en el texto original siguiendo su estilo y, sobre todo, su sentido, evitando, así, hacer interpretaciones ajenas al texto. Traduce, pues, Muralt cada término griego por el mismo término en la lengua de traducción, pero, en paréntesis redondos, se introducen transliteraciones de ciertos términos griegos, particularmente cuando el mismo término griego se traduce con términos diferentes de la correspondiente lengua moderna, lo cual es signo de la utilización analógica del lenguaje, en que el mismo término en contextos diferentes puede tener un sentido diferente. La introducción en el desarrollo del texto de los paréntesis cuadrados es, a veces, muy amplia, cuando se trata de explicitar el desarrollo argumentativo del tema que se está tratando, apelando a menudo a referencias a textos de otras obras en las que se amplía el asunto del que se trata, que se incluyen orgánicamente en el desarrollo del texto. El uso de estos amplios excursos se debe a la necesidad de subsanar los vacíos de sentido doctrinal que surgen en el texto aristotélico, cuando se dan por supuestas doctrinas de otras obras o referencias a otros textos. Por ejemplo, en el caso del texto del libro *lambda*, encontramos al final del mismo, las «cuestiones disputadas de teología aristotélica», cuyo fin es explicitar y comentar el texto principal, extendiéndose hacia las conclusiones de lo explícitamente expuesto. Con estos recursos técnicos se consigue que las notas queden limitadas a ciertos aspectos técnicos, como definiciones de términos, reenvíos internos, referencias colaterales, cuestiones filológicas, o preferencias por una determinada lectura atestiguada por los grandes comentaristas.

Quizá el rasgo más visible de la traducción muraltiana es la forma analítica que presenta. Mediante una presentación analítica, el traductor pretende mostrar en la traducción misma el desarrollo lógico del pensamiento que Aristóteles expone en la *Metafísica*. Para ello, utiliza nuevas divisiones del texto más allá de las tradicionales en libros y capítulos,

que Muralt cree que están basadas en las indicaciones del mismo Aristóteles. Mediante subdivisiones ordenadas y numeradas analíticamente se trata de mostrar el orden de las premisas principales y de las consecuencias dentro del desarrollo lógico del texto, lo cual no supone que éste adopte una estructura silogística, evidentemente inexistente en la argumentación aristotélica. Con esta técnica de traducción, el traductor reconoce asumir ciertos riesgos, pero, a cambio, cree ofrecer al lector un instrumento que le permita obtener una versión del texto, ante todo, fiel, por literal, pero también inteligible, por analítica, concluyendo en un texto comprensivo de las diferentes doctrinas aristotélicas, lo que, mucho más que las traducciones al uso, excluiría interpretaciones subrepticias, exponiendo a cambio «no sólo lo que Aristóteles dice, sino lo que quiere decir».

Con el fin de mostrar el resultado práctico de la traducción de André de Muralt vamos a centrarnos en el capítulo 7 del libro *lambda*, que es comúnmente considerado el capítulo nuclear de la «teología» de Aristóteles. Será útil tratar de sacar a la luz las diferentes capas de sentido que aparecen superpuestas en la versión final de la traducción. Basándonos, pues, en las indicaciones del autor, podemos referirnos a tres capas básicas, que, a su vez, contienen otras capas intermedias, que obviaremos a fin de no complicar en exceso nuestro esquema. Por ello, nos limitaremos, a modo de ilustración, a una pequeña parte de este capítulo 7 (1072a19-36). Mostraremos, pues, el desarrollo genético de las sucesivas capas de sentido incorporando los recursos técnicos que se muestran en la traducción final. La versión española es nuestra.

(1) *Primera capa: traducción estrictamente literal*: A fin de satisfacer el primer criterio de la versión de André de Muralt, esto es, eliminar todo presupuesto o añadido subrepticio en la traducción, podríamos establecer una capa inicial en la que aparece la traducción literal, prácticamente *verbum ad verbum* del texto: «Puesto que es posible que sea así, y que, si no es así, provengan de la noche y de la confusión universal, es decir del no-ser, éstas pueden ser resueltas. Hay, pues, algo siempre movido con un movimiento que no cesa, es decir, circular. Y eso es evidente no solamente por el razonamiento, sino por la experiencia del hecho, de suerte que el primer cielo debe ser eterno. Hay pues también algo que mueve el primer cielo. Pero, puesto que lo que es movido y también moviente es intermediario hay, pues, algo que, no movido, mueve, eterno y substancia, es decir, siendo acto. De hecho, así mueven lo apetecible y lo inteligible: mueven sin ser movidos; de ellos, los primeros son idénticos. En efecto, deseable es el bien aparente, mientras que objeto primero de la voluntad es lo que es bueno en realidad. Nosotros lo apetecemos de hecho porque lo parece, más bien que lo parece porque lo apetecemos. En efecto, el principio de la intelección y el intelecto son movidos por lo inteligible. Así, esta otra serie por sí, es inteligible. En ésta la substancia es primera, es decir, entre ellas, la simple y en acto. Lo uno y lo simple son idénticos: lo uno significa en efecto la medida; lo simple la manera en que se comporta. Ciertamente, por tanto, el bien, es decir, lo apetecible por sí, está en la misma serie por sí: es decir que (*kai*) el primero, es siempre mejor, o análogo».

(2) *Segunda capa: traducción ampliada*: Aquí incluimos, tanto los añadidos que se introducen en paréntesis cuadrados para completar el texto estrictamente literal, y facilitar con ello su lectura, como los paréntesis redondos en los que se incluye la transliteración de los términos o expresiones griegas que pueden verse de diferentes modos en la lengua moderna correspondiente en contextos diferentes: «Puesto que es posible que sea así, y que,

si no es así, [todas las cosas] provengan de la noche y de la confusión universal (*homou pantôn*), es decir (*kai*) del no-ser (*ek tou mê ontos*), las [dificultades precedentes] pueden ser [consideradas como] resueltas. Hay, pues, alguna [cosa] siempre movida con un movimiento que no cesa (*apauston*), es decir, circular. Y eso es evidente no solamente por el razonamiento (*logô*), sino por la experiencia del hecho (*ergô*), de suerte que el primer cielo debe ser eterno (*aïdios*). Hay pues también alguna [cosa] que mueve el primer cielo. Pero, puesto que lo que es movido y [que es] también moviente es intermediario [entre lo que es movido sin ser moviente y lo que es moviente sin ser movido (*Física*, 256b14-20)], hay, pues, alguna [cosa] que, no movida, mueve, eterna (*aïdion*) y substancia, es decir, [substancia] siendo acto (*toinun esti ti ho ou kinoumenon kinêi, aïdion, kai ousia kai energeia ouïsa*). De hecho, [es] así [como] mueven lo apetecible (*orekton*) y lo inteligible (*noëton*): mueven sin ser movidos, [como se dice en *Acerca del alma* 433b11-12, 15-16; cf. 426 a 5-6]. [Ahora bien], de lo [que es apetecible e inteligible], los [modos] primeros [son] idénticos. En efecto, es deseable (*epithumêton*) el bien aparente [para el sentido] (*to phainomenon kalon*), mientras que [se dice] objeto primero de la voluntad (*boulêton prôton*) lo que es bueno en realidad (*to on kalon*). Nosotros apetecemos (*oregometha*) de hecho [una cosa] porque parece (*dokeî*) [buena], más bien que parece [buena] porque la apetecemos. En efecto, el principio [del apetito es] la intelección (*noësis*) y el intelecto es movido por lo inteligible, [es decir, por el verdadero bien inteligido como tal]. Así, esta otra serie [ordenada] por sí (*hetera sustoicheia kath' hautên*), [la del bien aparente al bien real, se dice también] inteligible, [ordenada por sí e inteligible, pues es finita y se detiene en un bien primero]. En esta [serie], la substancia [es] primera, es decir (*kai*), entre las [substancias], la [substancia] simple y [substancialmente] en acto (*kat' energeian*). Lo uno y lo simple (*haploûn*) [no son] idénticos: lo uno significa en efecto la medida; lo simple [significa] la manera en que [una cosa] se comporta (*echei*), [lo uno no siendo necesariamente simple, pero lo simple siendo necesariamente uno, si la substancia primera se dice simple, es que es substancialmente en acto]. Ciertamente, por tanto, el bien (*to kalon*), es decir (*kai*), lo apetecible por sí (*to di' hautou haireton*) está en la misma serie [ordenada] por sí: es decir que (*kai*) el primer [bien, el primer apetecible por sí], es siempre [el bien] mejor (*ariston*), análogo [al inteligible primero]».

(3) *Tercera capa: traducción analítica*. En la versión final, el texto se muestra siguiendo una numeración analítica en la que se va ordenando la argumentación, y se separan los diversos argumentos y sus desarrollos. También se incluyen los paréntesis cuadrados en los que pueden exponerse los supuestos doctrinales implícitos en algún argumento. Por ejemplo, cuando se presenta un primer motor, se hace referencia a una doctrina de la *Física*, en la que se afirma que todo lo que se mueve es movido por otro: (1.3.3. [*Ahora bien, todo lo que es movido es movido por alguna cosa (Física, 241b24; 256a2-3, 13-15)*]), que no aparece explícitamente en el texto aristotélico, pero que está supuesta en su desarrollo lógico. En paréntesis redondos se incluyen las referencias internas a otros puntos de la propia traducción.

1. [Hay un primer moviente no movido, eterno, acto sustancial]
- 1.1. Puesto que es posible [que sea] así,
- 1.2. y que, si no es así, [todas las cosas] provengan de la noche y de la confusión universal (*homou pantôn*), es decir (*kai*) del no-ser (*ek tou mê ontos*),
- 1.3. las [dificultades precedentes] pueden ser [consideradas como] resueltas.

1.3.1. Hay, pues, alguna [cosa] siempre movida con un movimiento que no cesa (*apaus-ton*), es decir, circular.

1.3.1.1. Y eso es evidente no solamente por el razonamiento (*logô*), sino por la experiencia del hecho (*ergô*),

1.3.2. de suerte que el primer cielo debe ser eterno (*aïdios*).

1.3.3. [Ahora bien, todo lo que es movido es movido por alguna cosa (*Física*, 241b24; 256a2-3, 13-15)].

1.3.3.1. Hay pues también alguna [cosa] que mueve el primer cielo.

1.3.4. Pero, puesto que

1.3.4.1. lo que es movido y [que es] también moviente es intermediario [entre lo que es movido sin ser moviente y lo que es moviente sin ser movido (*Física*, 256b14-20)],

1.3.4.2. [y puesto que no hay regresión al infinito en el orden de los movidos y de los movientes: «si, pues, alguna [cosa] movida mueve, es preciso detenerse (*anagké stênai*) y no ir al infinito» (*Física*, 256a28-29); «si toda cosa movida es movida necesariamente por alguna [cosa], sea por una [cosa] movida por otra, sea [por una cosa] no [movida], es necesario que alguna [cosa] sea moviente que sea primera, no [movida] por otra» (256a13-16); cf. 242a16-20)],

1.3.4.3. hay, pues, alguna [cosa] que, no movida, mueve, eterna (*aïdion*) y substancia, es decir, [substancia] siendo acto (*toinun esti ti ho ou kinoumenon kinêi, aïdion, kai ousia kai energeia oûsa*).

2. [El moviente no movido es el primer inteligible por sí y el primer apetecible por sí]

2.1. De hecho, es así [como] mueven lo apetecible (*orekton*) y lo inteligible (*noëton*): mueven sin ser movidos, [como se dice en *A cerca del alma*, 433b11-12, 15-16; cf. 426 a5-6].

2.2. [Ahora bien], de lo [que es apetecible e inteligible], los [modos] primeros son idénticos.

2.2.1. [Para comprenderlo, hay que distinguir el bien real del bien aparente en el seno de la serie que constituyen].

2.2.1.1. En efecto, es deseable (*epithuméton*) el bien aparente [para el sentido] (*to phainomenon kalon*), mientras que [se dice] objeto primero de la voluntad (*bouléton próton*) lo que es bueno en realidad (*to on kalon*).

2.2.1.1.1. Nosotros apetecemos (*oregometha*) de hecho [una cosa] porque parece (*dokei*) [buena], más bien que parece [buena] porque la apetecemos.

2.2.1.1.1.1. [El primer apetito supone el ejercicio del intelecto práctico que conoce por un juicio verdadero que tal cosa es un verdadero bien, apetecible por el apetito inteligente de la voluntad. En este caso,]

2.2.1.1.1.2. en efecto, el principio [del apetito es] la intelección (*noésis*) y el intelecto es movido por lo inteligible, [es decir, por el verdadero bien inteligido como tal].

2.2.1.1.1.3. [El principio de la apetibilidad del bien real es pues su verdad, es decir, su finalidad por sí. El segundo apetito supone al contrario una pasión del sentido y un juicio del intelecto o de la imaginación (*A cerca del alma*, 433b12), diciendo que tal cosa aparece buena, siendo delectable y, por tanto, deseable. El principio del apetito y el principio de la apetibilidad del bien es aquí el deseo de delectación del sentido. En suma, el deseo es en sí mismo su propio principio].

2.2.2. Así, esta otra serie [ordenada] por sí (*hetera sustoicheia kath'hautén*), [la del bien aparente al bien real, se dice también] inteligible, [ordenada por sí e inteligible, pues es finita y se detiene en un bien primero].

2.2.2.1. En esta [serie], la substancia es primera, es decir (*kai*), entre las [substancias], la [substancia] simple y [substancialmente] en acto (*kat'energeian*).

2.2.2.1.1. Lo uno y lo simple (*haploûn*) [no son] idénticos: lo uno significa en efecto la medida; lo simple [significa] la manera en que [una cosa] se comporta (*echei*), [lo uno no siendo necesariamente simple, pero lo simple siendo necesariamente uno, si la substancia primera se dice simple, es que es substancialmente en acto].

2.2.2.1.1.1. [Otros ejemplos muestran la necesidad de un primero en una serie ordenada por sí]:

2.2.2.1.1.1.1. [la serie de los movidos y de los movientes, que exige un primero no movido substancialmente acto (7.1.3.4. sq.); es por relación a ésta que la serie ordenada de los bienes se dice otra (*hetera*, 7. 2.2.);

2.2.2.1.1.1.2. [igualmente, la serie de los inteligibles por otro y de los inteligibles por sí exige también un inteligible primero substancialmente en acto. (La intelección subsistente del primer moviente no movido representa de una cierta manera este papel, cf. 9.4.3). De la misma manera, no se puede conocer una cosa determinando su quiddidad de tal manera que ésta remitiría en el infinito a otra quiddidad, como tampoco se puede establecer una definición reduciendo en el infinito sus términos, géneros y diferencias específicas, a otros más universales, pues es preciso detenerse en la definición primera, es decir próxima, si no se quiere arruinar la inteligibilidad del saber ( $\alpha$ , 994b16-21)].

2.2.3. Ciertamente, por tanto, el bien (*to kalon*), es decir (*kai*), lo apetecible por sí (*to di'hauto haireton*) está en la misma serie [ordenada] por sí:

2.2.3.1. es decir que (*kai*) el primer [bien, el primer apetecible por sí], es siempre [el bien] mejor (*ariston*), análogo [al inteligible primero].

En conclusión, el objetivo de André de Muralt, a través de esta versión de estos cinco libros de la *Metafísica*, es sustentar su interpretación del aristotelismo no sólo en el terreno de las hipótesis hermenéuticas, sino fundándola sobre la letra misma de los textos de Aristóteles. Por ello, propone ir más allá de las tradicionales traducciones filológicas o históricas, abordando la tarea de ofrecer una traducción doctrinal, en la que se ponga de manifiesto no solamente la letra del texto, sino también su espíritu, esto es, no sólo lo que Aristóteles dice, sino lo que quiere decir, mediante la exposición de la estructura y los grandes principios metafísicos que aparecen en los textos de la *Metafísica*. Se trataría de hacer evidente que lo que el autor entiende como las tesis cardinales de la metafísica aristotélica: la relación lógica analógica, la participación, la unidad preconstitutiva o «trascendental» de lo material y lo formal o la reciprocidad jerárquica entre Dios y la naturaleza, que han originado en el pasado, y siguen haciéndolo hoy, tantas controversias entre los intérpretes, no sólo son susceptibles de ser explicitadas a través de nuevas interpretaciones historiográficas, o ser cuestiones controvertidas en los debates académicos, sino que pueden aparecer en el texto mismo. La pertinencia y relevancia de este trabajo habrá de ser juzgada con mayor detenimiento tras una lectura reposada de esta compleja versión.

Francisco LEÓN FLORIDO